

# *Posibilidades y carencias del asociacionismo juvenil en la periferia madrileña*

JESÚS CORDERO

## **1. Contexto general: grupos sociales primarios y asociaciones**

La debilidad o la insuficiencia de los vínculos de tipo comunitario, dentro de grupos primarios, puede constituir una de las razones explicativas de muchas de las dimensiones negativas de la vida de los individuos en las grandes ciudades.

Las dimensiones excesivas de los agrupamientos humanos impiden el trato personal entre los miembros del grupo, que ni tan siquiera pueden conocerse entre sí. Las condiciones materiales de equipamientos insuficientes hacen imposible el encuentro que genere conocimiento y una vida de mutua relación. Desde la falta de parques, de plazas o de locales adecuados para una concurrencia no masificada, hasta la estrechez de las aceras o de las zonas comunes de las viviendas, que las convierten en lugares obligados de paso sin detenerse.

Por otro lado, la transformación, y a veces el deterioro del grupo primario por excelencia, que es la familia, hace especialmente aguda la carencia de relaciones de tipo comunitario, que engloban y afectan a la totalidad de la vida del sujeto. La familia extensa, que incluía, en varias generaciones, el conjunto de la parentela, desde los abuelos a los nietos, los primos y el resto de los familiares en diversos grados, ha desaparecido. Al trasladarse a la gran ciudad, deja paso a la mínima expresión de una familia nuclear, compuesta por la pareja y los hijos de corta edad y en corto número. Las necesidades del trabajo fuera de la casa, con ausencias cada vez más largas y que alcanzan a la totalidad de los miembros de esa familia, la gran limitación del espacio disponible en la vivienda, y la dispersión geográfica de la parentela más amplia, incluso dentro de una misma ciudad, hacen que ese marco natural de la convivencia humana haya quedado del todo estrecho y vacío de contenido. Si a ello se añade la no infrecuente situación de deterioro de las relaciones familiares, causada en parte por las mismas condiciones anteriormente aludidas, se acaba de ver que la función que habrían de desempeñar los vínculos familiares, queda absolutamente anulada o con muy graves deficiencias.

Semejante estado de cosas no encuentra remedio, no es suplido, por los otros grupos naturales y primarios, tales como los de carácter religioso (comunidad parroquial, por ejemplo), los municipales (la vida del barrio)

o los vecinales, como podría ocurrir con la vida en la aldea o incluso en la pequeña ciudad.

La situación en el cuarto mundo de las grandes ciudades es exactamente el polo opuesto a lo que socialmente significa el funcionamiento y la puesta en rendimiento de todas esas vinculaciones de carácter primario o de índole comunitaria. En su lugar, se abre un enorme vacío de vinculaciones psicoafectivas, e incluso materiales, que hace que los individuos se encuentren literalmente solos en medio de la muchedumbre que se aglomera en infraviviendas, en los transportes públicos, en los grandes almacenes, en los bares o en las aceras.

Todas las personas, pero en mayor grado los niños —y los ancianos— sufren en su propio ser las negativas consecuencias de esta situación. La falta de vínculos interhumanos, suficientemente densos y profundos, repercute en todos los ámbitos de la personalidad y acarrea graves consecuencias de deterioro de la misma. Al estar realmente «solos», sin sentirse arropados por el calor de la convivencia comunitaria, los niños en particular se sienten perdidos, angustiados primero y profundamente frustrados después. Tienen la sensación de ser engañados por una sociedad que parece tenerlo todo y no les entrega nada. No cuentan realmente con quién jugar, y con ello aprender y divertirse: les invade el aburrimiento y la decepción de no sentirse incorporados a la vida de esa sociedad. El vacío afectivo se deja sentir, buscando salidas sustitutorias, para lo que habrá que acudir pronto a los sucedáneos que estén a mano: el gamberrismo, el sexo, la droga... y para todo ello a comportamientos que la sociedad condena como desviaciones inaceptables: a la delincuencia. Y es que las carencias materiales se suman a las necesidades psicoafectivas que genera la falta de vínculos comunicativos adecuados.

Que éste sea, a grandes rasgos, un cuadro aproximativo de lo que ocurre en amplios círculos periféricos de las grandes aglomeraciones urbanas, no parece muy cuestionable. Pero, además, no debe olvidarse que una buena parte de la población de estos sectores de las ciudades está constituida por gentes emigradas desde zonas rurales, en las que, por la propia estructura poblacional, prevalecían los grupos primarios (familia extensa, comunidad religiosa, vecindad de la aldea, etc.), que ejercían de modo espontáneo sus funciones socializadoras, de formación del sujeto, de integración en el grupo y de control social. En este supuesto, la carencia es sentida con mayor intensidad y, en todo caso, es más fuerte la desorganización que genera.

Ahora bien, no puede ignorarse que la desaparición o el debilitamiento de la mayoría de estos grupos sociales primarios es inevitable e irreversible, por responder a la propia estructura física de las aglomeraciones urbanas, y a las condiciones de vida impuestas por el sistema económico y las formas de producción, por ejemplo, la obligada separación entre el lugar del trabajo y la vivienda. No es, pues, cuestión de lamentarse de pérdi-

das irreparables, sino de esforzarse por encontrar formas de vida sustitutivas de otras inexorablemente periclitadas.

Es aquí donde aparece la posibilidad y la necesidad de los grupos de tipo asociacional, que ocupen el lugar de las desaparecidas agrupaciones comunitarias espontáneas. Es cosa sabida, al menos desde los estudios de Ferdinand Tönnies, que ésta es la línea general de la transformación de las sociedades: la tendencia a ir surgiendo grupos de asociaciones voluntarias, debidos a la iniciativa y organización de los interesados, en el lugar que ocupaban los grupos primarios, espontáneamente constituidos con independencia de la voluntad de los miembros de la sociedad. De esa manera, a la desaparición o insuficiencia de grupos primarios, se saldría al paso mediante la constitución de variados grupos secundarios o asociaciones.

Como la realidad social parece ser así, y dado que, por unas vías u otras, la sociedad, en su intento por conservarse a sí misma, busca salidas alternativas, se comprende el porqué de la creciente multiplicación de intentos de asociación, sobre todo en forma de asociaciones juveniles, que se observa en las zonas periféricas de las grandes ciudades.

Al menos como hipótesis de trabajo, es útil partir de estas consideraciones básicas para referirnos al asociacionismo juvenil en estos ámbitos de la ciudad de Madrid. No se va a tratar de un estudio completo ni riguroso acerca del fenómeno, porque carecemos de datos suficientes para ello. Pero sí disponemos de algunas aproximaciones, que servirán de ejemplos de lo que puede y pretende significar este tipo de asociaciones para la infancia y juventud de la zona periférica de nuestra ciudad. Adivinamos que se abre aquí un importante campo de actividad para el Trabajador Social, cuya función genérica consiste en tratar de dar las respuestas socialmente adecuadas a las diversas carencias que se hacen presentes en la colectividad dentro de la cual tiene que actuar. El paso previo para esa actuación será, en este terreno como en los demás, el mejor conocimiento posible de la realidad social sobre la cual hay que trabajar, así como la claridad de ideas sobre el marco teórico general de las estructuras sociales pertinentes.

La anterior exposición teórica sobre el porqué y el significado de las asociaciones voluntarias, en el contexto de la sociedad moderna, podrá proyectar alguna luz sobre la necesidad y el interés de los intentos y logros de las asociaciones juveniles, así como sobre las grandes carencias que en este terreno existen.

## **2. Una necesidad sentida**

Por asociaciones juveniles entendemos aquellos grupos, de variada índole y magnitud, formados por la libre adscripción de personas de corta

edad, de entre 8 a 20 años, más o menos. Con frecuencia, están promovidos por personas mayores, que desempeñan las funciones de monitores o animadores de los grupos; pero básicamente se hallan organizados por y en función de sus integrantes juveniles. Pueden surgir al amparo de determinadas instituciones de carácter educativo, religioso o incluso político. No obstante, su finalidad se halla al margen, al menos en buena medida, de esas instituciones y de sus fines específicos, y gran parte de su actividad alcanza a cometidos más básicos, al tiempo que más amplios, que los propios de las aludidas instituciones educativas, religiosas o políticas.

En efecto, tales agrupaciones voluntarias, con una organización formal más o menos rígida, reflejada en unos Estatutos reguladores de la asociación, se presentan siempre con un propósito «socializador» en el sentido completo del término. Aparecen como agrupaciones aptas para la conformación de la personalidad de los jóvenes asociados, al tiempo que fomentan la integración en el grupo social, en la sociedad de la que forman parte.

Ahí radicará cabalmente su alto interés, tanto desde el punto de vista del individuo, del niño que está configurando su personalidad aún inmadura, como de la sociedad, a la que, por la vía de estas agrupaciones, comienzan a incorporarse responsablemente los nuevos individuos. Tanto la necesidad múltiple de aprendizaje y de orientación del sujeto, cuanto la insuficiente solidaridad social, pueden encontrar adecuados estímulos en el seno y a través de este tipo de asociaciones.

Por lo que respecta a la formación de la personalidad de los individuos, la asociación juvenil pretende llenar las lagunas dejadas por la desaparición o el debilitamiento de los grupos primarios, ocupando el lugar, por ejemplo, de la familia extensa o parentela de sujetos de similar edad. El tipo de organización que implican, de carácter en buena medida autogestionado, y en todo caso más flexible que la organización de las instituciones educativas, religiosas o políticas, los hace muy aptos para estimular la toma de iniciativas, la corresponsabilidad y la necesidad de autogobierno. El predominio de las relaciones de carácter horizontal, en un plano de igualdad, frente a las verticales y jerarquizadas de otras instituciones, favorece notablemente el fomento de los procesos de activa imitación o de emulación mutua, tan decisivos para un positivo desarrollo del proceso socializador.

En el plano social, la solidaridad con los intereses del grupo, que se aprenden a apreciar como propios, son el mejor ensayo y aprendizaje para comenzar a comprometerse en la preocupación por los asuntos colectivos, frente a todas las formas de «pasotismo» o retraimiento indiferente a que empuja la falta de adecuados vínculos sociales en los primeros años de la vida.

Entre otros aspectos concretos del interés y valor socializador de estos grupos, pueden destacarse los siguientes:

- a) La asociación puede convertirse en una formidable escuela de ci-

vismo. En una sociedad cuya forma de convivencia quiere organizarse como una democracia *participativa*, resultará esencial el aprendizaje del comportamiento participativo, que cabalmente es el más característico de estos proyectos asociativos.

b) Es muy alta la virtualidad para reforzar los sentimientos de pertenencia al grupo, al tiempo que se afirma la personalidad de los individuos, no en contraposición sino en coordinación solidaria con el grupo. Al suscitar inquietudes y aspiraciones, al obligar a hacer frente a diversos problemas y despertar la iniciativa para resolverlos, al capacitar para responder a intereses, posibilitan una activa y no parasitaria incorporación al grupo social.

c) Por último, es grande el valor socializador de la «gestión» de las propias asociaciones. Constituirá un excelente aprendizaje y entrenamiento para la posterior gestión de cualquier «empresa» social. Al gobernarse a sí mismos aprenderán los niños y jóvenes a gobernar la sociedad a la que se están incorporando. Los Estatutos de cualquier asociación reflejan con elocuencia esta virtualidad socializadora de la vida en una asociación.

Los expuestos podrían considerarse como los principales objetivos, altamente positivos para el individuo y para la sociedad, a los que apuntan las asociaciones juveniles. Vienen así a llenar los vacíos dejados por los desvanecidos grupos primarios, que en otros contextos sociales funcionan como agentes socializadores de primer orden. La organización de asociaciones, fruto del voluntario establecimiento de vínculos grupales, viene a suplir en estos ámbitos de las grandes ciudades modernas a los imposibles grupos espontáneos y naturales, suficientemente extensos y fuertes. Ahí radica, a nuestro entender, el enorme interés y gran valor socializador, desde la perspectiva del individuo así como de la sociedad, de estos movimientos asociativos, cuando se dan entre niños y jóvenes.

No obstante este alto interés y la validez que parecen poseer, como soluciones sociales alternativas a la tendencia al debilitamiento o a la desaparición de los grupos familiares, religiosos y vecinales —comunitarios en general—, la realidad de la situación nos lleva a constatar su muy escaso grado de implantación, precisamente allí donde más útiles podrían ser: en el cuarto mundo de las grandes ciudades.

Si bien los datos de que disponemos son fragmentarios, podemos sostener que sólo un tanto por ciento muy bajo de los niños y jóvenes de la periferia madrileña pertenecen a alguna de estas asociaciones. Incluso es bastante reducido el número de quienes tienen conocimiento de la existencia de alguna asociación de este tipo.

En su conjunto, el asociacionismo de todo tipo en España registra índices muy bajos. Algunas fuentes cifran entre el 20 y el 25 por ciento la población perteneciente a alguna asociación, destacando, como una parte muy importante de este conjunto, las de carácter deportivo y, entre los más jóvenes, las de índole religiosa. Si, por otro lado, se tiene en cuenta el dato de que, entre los asociados, la mitad de ellos lo están en dos o más

asociaciones a la vez, concluiremos que el número de personas que pertenecen a alguna asociación, si se exceptúan las deportivas, resulta casi insignificante.

Tal vez cabría tomar en consideración que, en nuestro país, la escasa propensión a asociarse puede haberse visto favorecida por los muchos años de carencia de adecuada libertad, con posibilidades afectivas, para hacerlo.

A pesar de todo, sabemos que, en términos absolutos, puede considerarse que proliferan bastantes asociaciones juveniles de variada índole, y que el nivel de estimación positiva, entre quienes tienen noticia de ellas, es bastante satisfactorio.

Como ilustración de estas últimas aseveraciones voy a referirme en concreto a la situación del asociacionismo juvenil en dos zonas distintas del extrarradio de Madrid: en el Barrio del Pilar y en la zona de Leganés. Previamente, y con carácter general, haré una breve referencia a alguna de las formas de asociaciones infantiles y juveniles y a las posibilidades de carácter general que se ofrecen al asociacionismo juvenil.

### **3. Algunos intentos y realizaciones**

En un somero análisis, se comprueba que el tipo de asociaciones varía desde las meramente deportivas y recreativas hasta las de índole religiosa, siendo éstas las más frecuentes, vinculadas a parroquias o a centros educativos no estatales. Hay algunas de carácter cultural y también existen las conectadas con partidos políticos. Las hay de iniciativa privada y las que pudieran considerarse como de promoción oficial, sostenidas por la Administración, las de carácter municipal, por ejemplo.

Esta última referencia nos da pie para ocuparnos de una cuestión importante: ¿hasta qué punto las asociaciones, las juveniles en particular, pueden o deben contar con el apoyo de la Administración pública? ¿Habrá de convertirse el Estado en promotor y patrón de las asociaciones? Que la cuestión no carezca de importancia se desprende del simple hecho de la intensa atención que los regímenes políticos totalitarios de contrapuesto signo han dedicado siempre a las «organizaciones» juveniles. Piénsese, entre nosotros, en la OJE u otras similares.

La respuesta, en principio, parece clara: un no rotundo a la asociación promovida y «patrocinada» por el Estado, en sus diferentes niveles. Demasiado bien sabemos que tales asociaciones pueden convertirse en un instrumento manipulador de la juventud, al servicio de la planificación totalitaria, «desde arriba». Serían una forma de grupos «intermedios» promovidos por la propia Administración como instrumento de su acción monopolizadora y supresora del responsable desarrollo de la sociedad. Algo semejante a lo que ocurre con los sindicatos de filiación política, y más aún gubernamental. Un elemental proceso de maduración de la de-

mocracia participativa exige la real y efectiva independencia de estos grupos asociacionales —lo mismo que de los sindicatos— por respecto al poder, muy en particular si ese poder político es el que detenta el gobierno con carácter hegemónico.

Sin embargo, no parece que los poderes públicos tengan que desentenderse, sin más, de favorecer los variados tipos de iniciativas en este terreno, que provengan de la propia sociedad y de sus grupos intermedios. El primer apoyo eficaz consistirá en la creación de unos cauces legales que faciliten su constitución y su actividad dentro del adecuado ordenamiento general de los intereses sociales. Una segunda aportación sustancial será la de ofrecer información suficiente e imparcial sobre las variadas ofertas asociativas, así como acerca de las ventajas personales y sociales que puede llevar consigo la adscripción a un grupo asociacional. Por último, pero no en menor grado de importancia, correrá a cargo de la Administración el cometido de subvencionar con fondos públicos a todas aquellas asociaciones juveniles que garanticen el cumplimiento de sus fines sociales, y con la necesaria asistencia personal y técnica por parte de los correspondientes Servicios Sociales.

Una política realista a favor del asociacionismo infantil y juvenil implica la asistencia económica, para suplir la insuficiencia de la base económica proveniente de las cuotas, claramente deficiente en la mayoría de los casos, dado que la asociación está integrada por niños o jóvenes que no disponen de recursos propios, pues aún no están incorporados al sistema adquisitivo de la sociedad. Tal vez sea necesario, a este respecto, que las subvenciones, con independencia de cualquier consideración ideológica, política o de otros intereses, sí tengan en cuenta, en cambio, y se ajusten variablemente conforme a la desigual disponibilidad de recursos, siendo más abundantes cuanto menor sea la posibilidad de dotarse de recursos económicos propios.

A este último respecto, sabemos que la situación actual en España deja mucho que desear; pero, por carecer de datos precisos, no entramos en el tema. Únicamente quisiéramos hacer una llamada de atención de carácter general sobre la necesidad de apoyo público a las asociaciones que surjan desde la base social, sin condicionamiento alguno de índole ideológica o similar. Sin ello, será muy difícil que se supere la actual situación de infrutilización de este importante agente socializador.

Pasando ahora a los ejemplos concretos, en primer lugar, me referiré al *asociacionismo juvenil en la zona Norte de Madrid*, en particular en *el Barrio del Pilar*. Algún estudio de alcance limitado arroja ciertos datos significativos, que resumo con absoluta brevedad.

Es éste un barrio periférico, perteneciente al distrito de Fuencarral, con muy alta densidad de población. Aunque está experimentando una tendencia al envejecimiento, en cifras absolutas la población juvenil es elevada. De hecho, entre esta población han proliferado una serie de aso-

ciaciones de variada índole: los jóvenes encuestados, en su conjunto, han mostrado tener noticia de hasta 12 agrupaciones distintas. No obstante, sólo un 8 por ciento de los interrogados manifiestan estar integrados de modo efectivo en alguna. La buena aceptación del asociacionismo juvenil, al que se considera útil para la ocupación del tiempo y el fomento de las relaciones con otros, es generalizado; sin embargo, es muy baja la afiliación efectiva.

En cuanto al tipo de asociaciones que prevalecen, destacan las de carácter religioso, si bien su actividad no se limita a ese terreno, sino que abarca actividades culturales, talleres, asuntos concernientes al barrio y, por supuesto, prácticas deportivas y de aire libre. En general, existe alto grado de satisfacción respecto al funcionamiento de los grupos por parte de quienes los integran.

Estos componentes de asociaciones son, a partes sensiblemente iguales, tanto chicos como chicas, en su mayoría estudiantes, y su localización económica sería de la clase media, tendiendo a media baja (un 78 por ciento). Por ello mismo, estas asociaciones se encuentran con ciertas dificultades para garantizar su base económica y subsisten gracias al apoyo de algunas instituciones, como parroquias y colegios.

Como conclusión de alcance general, convendría destacar que el hecho de la baja pertenencia a las diversas asociaciones en este Barrio no puede interpretarse como falta de interés por ellas; al contrario, hay elevado nivel de conocimiento, valoración positiva y se expresa a menudo el deseo de pertenencia. Situación paradójica, que tal vez remitiría a la escasez de recursos para ofrecer la posibilidad real de incorporarse a muchos más niños y jóvenes. Un ambiente propicio, que sólo necesitaría verse favorecido por el estímulo de la ayuda mediante las adecuadas dotaciones y las correspondientes actuaciones de Trabajo Social.

Yendo al otro extremo de la ciudad, a *Leganés*, nos encontramos con un diversificado movimiento asociativo juvenil, que puede resultar bastante representativo de lo que ocurre a este respecto en el cinturón industrial de Madrid.

Según hemos podido constatar por una encuesta parcial, realizada entre los jóvenes de Leganés durante el año 1988, se da un porcentaje bastante elevado de participación en algún tipo de asociación por parte del conjunto de la población joven de Leganés. Los datos globales indican que cerca de un 36 por ciento estarían vinculados a algún tipo de asociación, diferenciándose notablemente según la variable sexo, ya que ese porcentaje se traduciría en un 32 por ciento de varones y el 15 por ciento de mujeres, siendo escasamente significativa la repercusión de otras variables, como el nivel educativo o económico, en los índices de participación en tales asociaciones.

A este respecto, hay que advertir, no obstante, que ese reconocimiento de participación en asociaciones de algún tipo no siempre significa que se



trate de afiliación en sentido propio, ni tampoco discierne unos mínimos periodos de duración o estabilidad en la pertenencia a esas asociaciones. Se tiene constancia de que tal «pertenencia» a veces posee un carácter casi circunstancial y de bastante corta duración. Era distinta la situación en el caso del Barrio del Pilar, en que se tenía en cuenta sólo la afiliación formal y estable. De ahí la diferencia en el porcentaje.

Por lo que se refiere a la diversidad de tipos de asociaciones a las que aparecen vinculados los jóvenes, éstas pueden agruparse en los siguientes ámbitos:

a) Asociaciones políticas y sindicales: sólo un 4 por ciento de los jóvenes encuestados dice estar vinculado a algún grupo de esta índole. Realmente el índice de asociación en este terreno entre la juventud de esta ciudad industrial u obrera se revela tan ínfimo que merecería ser objeto de una seria reflexión. Es un síntoma revelador del «apoliticismo» de la juventud; pero también del grado de insolidaridad que se generaliza. Mostraría el «desencanto» pronto producido a este respecto, y tal vez es síntoma de una mentalidad cultivada desde diversas instancias de poder, de cerrado individualismo y de desentendimiento de las responsabilidades sociales. Ni siquiera el acuciante problema del desempleo en este sector de la ciudad ha logrado estimular con eficacia el desarrollo del asociacionismo, que pudiera funcionar como un procedimiento indicado para hacer frente a tal situación.

b) Asociaciones culturales: entendidas éstas en sentido amplio, encuentran un mayor eco, por cuanto se reconocen vinculados a alguna de ellas cerca del 9 por ciento de los chicos y chicas preguntados, siendo en este terreno más elevada la pertenencia femenina, y haciéndose también perceptible aquí el influjo positivo de la variable nivel educativo, como era de esperar. Los chicos con estudios de Formación Profesional, Bachillerato o con estudios universitarios son los que en mayor medida, que alcanza hasta el 20 por ciento para los universitarios, pertenecen a alguna asociación juvenil de carácter cultural.

c) Grupos deportivos: es con mucho el campo en el que se encuentra más elevado nivel de vinculación de los jóvenes con variedad de asociaciones o grupos de índole deportiva, organizados con el propósito de participar en la práctica del deporte. El total se sitúa en torno al 15 por ciento, siendo notable la diferencia a favor de los chicos frente a las chicas: un 23 por ciento de los vinculados a grupos deportivos son varones y sólo un 8 por ciento son mujeres. Una característica a destacar de estos «asociados» juveniles en grupos deportivos es el elevado nivel de satisfacción que muestran, ya que la autovaloración se expresa con gran frecuencia como muy o bastante satisfactoria. También llama la atención que sea bastante más frecuente la incorporación a grupos deportivos entre los jóvenes con ocupación, de trabajo o estudio, que entre los desocupados. Se ve que no se trata tanto de disponibilidad de tiempo como de disposición de ánimo para decidir la vinculación o no a estos grupos.

d) Grupos religiosos: también hay un sector de jóvenes vinculados a diversas asociaciones de carácter religioso, tales como catequistas, comunidades de base, movimientos de Acción Católica o similares. Pero el índice global es bajo: un 5 por ciento, si bien la participación suele resultar, al menos durante ciertos períodos, bastante asidua e intensa.

e) De manera más esporádica aparecen en la citada encuesta otro tipo de asociaciones específicas a las que, en conjunto, se puede señalar un 3 por ciento de afiliación. Entre las citadas, cabe destacar: grupos «Scouts», «Cruz Roja», «Protección Civil» o «Adena». Realmente estas vinculaciones son escasas y más aún entre las mujeres que entre los varones.

Así, en visión panorámica, puede resumirse la situación del asociacionismo juvenil en este sector periférico de Madrid. En general, hay que sostener que no es ni muy fuerte el sentido de pertenencia ni demasiado asidua la efectiva participación. A pesar de ello, es valorado muy positivamente el significado que tiene para los incorporados a estos diferentes grupos o asociaciones juveniles, y muestran un alto grado de satisfacción.

De carácter diferente a estas asociaciones, casi espontáneas en algunos casos, es el último ejemplo al que quiero referirme: la «Ciudad de los Muchachos», radicada también en Leganés. En este caso se trata más bien de una institución, promovida y dirigida por personas mayores en beneficio de niños y jóvenes de corta edad. Pero su organización interna, con un marcado carácter participativo, buscando que los niños asuman todos los cometidos que afectan a la planificación y desenvolvimiento de la propia vida, nos ha hecho pensar que merecía la pena referirse a ella en este contexto. Se trata de una singular experiencia de organización de la vida de los niños en esta zona característica del cuarto mundo de la metrópolis madrileña. Tal vez pueda ser modélica y sugerente, como una solución alternativa ante las carencias que afectan a una parte considerable de los niños de estos medios. De ahí mi breve alusión a esta última realización del asociacionismo juvenil, que es la Ciudad Escuela de los Muchachos.

Esta organización dirige su atención a una niñez marginada, desde los distintos puntos de vista, y en la actualidad cuenta con unos 700 niños menores de 15 años, al cargo de unas 25 personas mayores. Sin embargo, ha de tenerse en cuenta que los niños no proceden sólo del entorno de Leganés, en que está enclavada la Ciudad Escuela.

La característica más original del Centro, como queda apuntada, es que en él se mantiene un régimen de autogobierno, con máxima participación de los niños, entre quienes se dividen las variadas tareas de la vida diaria; de las cuales tienen que responsabilizarse en la parte que les toque. De manera que, además de estudiar, se ocupan en labores de limpieza, lavandería, cocina, o en desempeñar los diversos cargos municipales de la «Ciudad». La realización de tales cometidos resulta, por lo general, del agrado de los niños, que comprenden que son en propio beneficio, y les permite ir sintiéndose plenamente responsables de lo que les concierne.

siendo al propio tiempo una magnífica escuela de convivencia y de integración social: les hace sentirse útiles en su propia sociedad. Las personas mayores serán las encargadas de orientar al conjunto de los pequeños «ciudadanos» en todos los complejos aspectos de la educación, tanto moral y social como propiamente escolar.

En una acertada fórmula de los Estatutos del Centro, con la que quisiéramos concluir, se dice: *«uno de los derechos que hay que reivindicar para el niño, es el derecho a tener deberes»*, a que se halle en situación de percibirlos y de poder cumplirlos, diríamos nosotros.